



T
AUNQUE
R
EL
í
INFIERNO
A
ME
D
CONSUMA
A

CAROL S. BROWN



T
AUNQUE

R

EL

í

INFIERNO

A

ME

D

CONSUMA

A



Ediciones Kiwi

EDICIONES KIWI, 2025
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



Ediciones Kiwi

Primera edición, octubre 2025

IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-10479-60-9

Depósito Legal: CS 771-2025

© del texto, Carol S. Brown

© de la cubierta, Borja Puig

Corrección, Ana Mª Benítez

Código THEMA: FR

Copyright © 2025 Ediciones Kiwi S.L.

www.edicioneskiwi.com

www.grupoedicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para las Chicas del Libro.

Do you think I'm the Devil because I'm inherently evil, just because dear old Dad decided I was?

¿Soy el diablo porque soy malo por naturaleza o porque nuestro padre decidió que lo fuera?

Serie *Lucifer*

Había una vez tres ángeles hermosos, inocentes y buenos... que fueron empujados al infierno. Pero no porque ellos hicieran nada diabólico o reprobable, sino simplemente porque los demás ángeles consideraron que estorbaban.

Pero, en lugar de dejarse consumir por las dolorosas llamas del averno, los pobres desterrados sumaron su fuerza, inteligencia y pasión para construir un lugar en el que resurgir de sus cenizas. Un lugar en el que sentirse a salvo por primera vez en mucho tiempo. Durante el proceso, los tres ángeles caídos, que habían aprendido a comportarse más acorde al diablo, reforzaron sus lazos y amistad. Se hicieron inseparables y se encargaron de que todo el mundo lo supiera. Eran como hermanos y se protegerían los unos a los otros.

El hogar que habían construido era tan decadente y atrayente que el resto de los ángeles, los mismos que les había dado la espalda sin contemplaciones, bajaban voluntariamente al infierno para visitarlos. Bajaban desde el cielo y se dejaban llevar por sus deseos más oscuros en el subsuelo, donde nadie podía verlos ni juzgarlos.

Y así, desde las sombras, los tres caídos

prosperaron de una forma que ninguno de ellos hubiera imaginado jamás. Pasaron de estorbar, de no ser nadie, a convertirse en los señores del pecado. Venerados y temidos a partes iguales.

No obstante, uno de ellos no olvidaba sus días en la superficie pese a tener todo lo que necesitaba. El joven ángel caído pasaba las noches en vela, preguntándose si algún día podría hacer pagar a aquel que le arruinó la vida.

Ya no había lugar para él en el cielo, pero reinaba en el infierno. Y el infierno siempre cobraba los favores que concedía.

Sed bienvenidos a La Tríada.

PRÓLOGO



«Tienes que ser fuerte...».

Londres, abril de 1857

El día que se llevaron a su padre, el sol brillaba en el cielo, como una horrible burla del destino. Al vivir en Londres, Russell creía poder contar con los dedos de las manos la cantidad de días soleados que había visto a lo largo de sus ocho años de vida. Por eso parecía una especie de burla que, en un día aparentemente alegre, su vida se destruyera por completo.

Había vuelto a casa desde el colegio con mucha prisa, a pesar de que sabía que tendría que esperar en la calle con los otros niños del barrio a que su madre regresase de su trabajo en la fábrica de algodón para poder entrar en casa. Años después, con el recuerdo de aquel día algo desdibujado, un Russell adulto se preguntaría muchas veces si una especie de sexto sentido le había indicado que algo iba mal, otorgando velocidad a sus cortas piernas mientras recorría las estrechas callejuelas que conducían a su casa.

El Russell de ocho años pensó, en cambio, que era una

suerte que su madre hubiese vuelto antes del trabajo, porque la puerta de casa estaba abierta de par en par y él podría seguir con el libro de aventuras que había estado leyendo y que, por un descuido, se había dejado encima de su jergón. Debía devolvérselo a su maestra lo antes posible o le castigaría por ser tan olvidadizo.

Pero el entusiasmo y la curiosidad por saber cómo continuaría la historia de los tres mosqueteros se esfumaron de su mente al ver a su madre llorar. Russell se quedó paralizado, pues jamás la había visto así. Mary Knight siempre era fuerte, alegre, y su sonrisa era incansable. Cuando a él se le saltaban las lágrimas por algún raspón en la rodilla o por mera frustración, ella siempre le decía que la vida se enfrentaba mejor con alegría que con llantos.

Por eso Russell pensó que su madre solo lloraría por algo realmente grave. Y se asustó. Se acercó despacio hacia ella, que estaba sentada con la cabeza gacha. Su delgado cuerpo temblaba.

—Madre, ¿qué le ocurre?

Ella, que no le había escuchado llegar, se sorprendió al verlo y, de repente, Russell se encontró entre sus brazos.

—Mi querido Russ... —le dijo con pena infinita—. Tienes que ser fuerte.

El niño la miró sin comprender. ¿Fuerte por qué?

—A papá... —comenzó ella con voz estrangulada—. Lo han acusado de algo que no ha hecho. Y esos malditos *bobbies* de Scotland Yard se lo han llevado.

Russell frunció el ceño. ¿Padre haciendo algo malo? ¡Eso era imposible! Su padre era jardinero en una casa noble y sus rosas eran las más bellas del mundo. Siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás. Incluso le daba leche a la vecina para que alimentara a su bebé, que lloraba a todas horas. Su padre siempre le decía que tenían el deber de ayudar a los que no tenían tanta suerte como ellos.

Debía de ser un error y la policía le dejaría libre en cuanto se diera cuenta. De repente, cayó en la cuenta de algo que su madre debía de haber olvidado y, más contento, pensó que había encontrado la solución.

—¿Y el duque? —preguntó el niño con esperanza—. A veces, me da caramelos cuando voy a la casa grande a ver a papá. ¡Él sabe que no es n hombre malo y le ayudará!

Lo dijo convencido, pues no creía que hubiera algo que un duque no pudiese conseguir, pero su madre sacudió la cabeza y el labio inferior le tembló.

—Para los nobles no somos nadie, y cuanto antes lo entiendas, mejor te irá —dijo su madre con voz grave—. Nunca verán nada más que su propio egoísmo. Jamás seremos nada para ellos.

Pero Russell insistió a pesar del nerviosismo de su madre. A pesar de que siempre le decían que no debía discutir con sus mayores.

—Pero... El duque parece amable —volvió a decir con inocencia—. Acaba de nacer su hija y...

—¡Despierta, Russell! ¡¿No lo comprendes?! —Su

madre lo sacudió con histerismo. Un par de mechones canosos se desprendieron de su desastrado moño. Russell jamás la había visto tan fuera de sí, como si los ojos fueran a salirse de sus órbitas—. ¡Ese duque que tanto te gusta es el que tiene la culpa de todo! ¡Él ha encerrado a papá! Mi John...

La voz de su madre falló y el niño la miró sin saber qué responder. No podía ser... Evocó al enorme duque de sonrisa amable, que felicitaba a su padre por el espléndido jardín. Su madre se echó a llorar de nuevo, como si toda la desesperación acabara de desplomarla sin remedio. Si Russell pensaba que había alguna salvación para su padre, su madre no era de la misma opinión. El niño se envaró, dándose cuenta de repente de lo que eso significaba: jamás volvería a verle.

Y también quiso caer de rodillas sobre el suelo y llorar. En su mente volaban recuerdos de su padre, cargándolo sobre sus hombros para hacerle reír o enseñándole a transplantar las rosas con el milimétrico cuidado que siempre lo había caracterizado. Su padre, que siempre había soñado con su propio negocio, una floristería, y que jamás podría cumplirlo.

Su madre seguía sollozando, angustiada, y Russell se sintió terriblemente mal. Pero él era ahora el hombre de la casa y no podría ayudar a su madre si los dos lloraban. Le cogió la mano suavemente y la miró con seriedad. Ella le devolvió una mirada triste y desesperada. Russell no enten-

día todavía las implicaciones de esa angustia, de las preocupaciones que caerían sobre sus escuálidos y pequeños hombros, pero pronto se daría cuenta de la peor manera posible. Un niño obligado a crecer de golpe.

No obstante, en ese momento solo quiso ayudar a su madre.

—Yo estoy contigo, mamá.

Lo que Russell no sabía aún era que en cuestión de pocas semanas se quedaría completamente solo.



Yorkshire, marzo de 1860

Aunque su institutriz la había entretenido con dibujos, canciones y demás juegos durante dos días, Eliza sabía que algo ocurría. Tenía cuatro años —en seis meses cumpliría cinco y ya podía considerarse mayor—, pero estaba segura de que no era normal que los lacayos de Rowland Manor estuvieran retirando todos los retratos de su madre de las paredes. Durante un descuido de su institutriz, había decidido salir a echar un vistazo y fue testigo de cómo retiraban el más grande de todos, que presidía el vestíbulo de la casa de campo de su familia.

Eliza vio cómo el bello rostro de su madre desaparecía tras una lona blanca. Su madre tenía el cabello rubio como el suyo y los ojos azules, además de una sonrisa bonita que Eliza adoraba. Su madre siempre sonreía cuando estaba con

ella y jugaban juntas o le leía cuentos antes de dormir. ¿Dónde se llevaban sus cuadros? Seguro que su madre se disgustaría si se enteraba.

—¡Paren! —ordenó en voz alta a los lacayos, que se limitaron a mirarla con lástima y proseguir su camino. Ella corrió tras ellos y atravesó el vestíbulo—. ¡Paren!

—¡Eliza!

La niña se giró para enfrentarse a su tío, que salía en ese momento del despacho de su padre. Fue apenas un segundo, pero le pareció que su padre tenía mal aspecto, pues creyó verlo golpear una de las paredes con rabia. No pudo observar más, porque su tío se apresuró a cerrar la puerta a su espalda.

—Tío Herbert —dijo con el ceño fruncido. Su tío casi nunca hablaba con ella si no era para regañarla, así que le sorprendió que la llamase. No obstante, aprovechó para exponer su pregunta—: ¿Dónde está mamá?

Su tío se agachó hasta que estuvo a su altura y la miró con seriedad. El hermano de su padre nunca había sido demasiado cercano con ella, por lo que Eliza no le tenía especial cariño. Ni a él ni a su tía. Ninguno de los dos quería jugar con ella nunca. Por suerte, a su prima sí que le gustaba pasar tiempo con ella. Era la única de los tres que le gustaba.

Por eso Eliza lo miró, confusa, cuando su tío le enderezó el lazo que ataba su cabello en una trenza y le acarició la mejilla en un extraño gesto de cariño.

—Tienes que ser fuerte, pequeña Liz —le dijo con

suavidad—. Mamá no va a volver y papá necesitará que lo animemos mucho para que se recupere.

Eliza no comprendía lo que su tío quería decir.

—¿Se ha ido de viaje?

Su tío negó.

—Tu madre estaba enferma. ¿Comprendes?

Eliza sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Hacía un mes había escuchado a la cocinera comentar que uno de sus vecinos había enfermado e ido con Dios poco después. Comprendía lo suficiente como para saber que su madre no iba a volver a sonreírle jamás, ni a jugar con ella ni a contarle cuentos. Sollozó. Su tío no hizo amago de abrazarla, solo la cogió por los hombros.

—Liz, escúchame. No es momento de llorar. Debes tranquilizarte, por la familia. Por tu hermano, que acaba de nacer —le dijo su tío, pero Eliza era incapaz de detener las lágrimas que le caían por las mejillas. Pensó en su hermanito Nathan, que apenas había nacido un par de meses atrás, y en que él no sabría nada de su madre. Ni tampoco cómo era su rostro, porque habían retirado los cuadros de las paredes. Estuvo a punto de decírselo a su tío, pero este habló de nuevo—: Tienes que ser fuerte.

Eliza sollozó de nuevo, pero hizo un esfuerzo enorme por dejar de llorar. Apretó los ojos y trató de impedir que siguiesen cayendo las lágrimas. Su tío la miró con aprobación cuando lo consiguió, a pesar de que a ella le dolía el pecho. Pero no quiso decirlo en voz alta por si la regañaba.

—Eliza, prométeme que siempre serás una niña buena y obediente que nunca nos dará disgustos. —Su tío la miró con seriedad—. No como tu madre, cuyas maldades la hicieron enfermar. ¿Harás eso por papá y por mí?

¿Las maldades de mamá la habían hecho enfermar? No lo entendía; su madre era la mujer más buena del mundo. Pero su tío la estaba mirando de forma tan fría que tuvo miedo de preguntar al respecto. Así que Eliza se sorbió la nariz como pudo y asintió. Si eso hacía que su padre no estuviese triste, estaba dispuesta a esforzarse. Haría siempre caso a su institutriz y no se volvería a escapar de su vigilancia. Si mamá no estaba, ella tendría que ser buena por las dos, ¿no?

—Me portaré bien —respondió—. Te lo prometo, tío.

CAPÍTULO 1



Quince años después.

Londres, 1875

La iglesia anglicana de St. Marylebone era de las más bellas de la capital. Construida en 1742, se había convertido con rapidez en una de las más importantes de la zona. Situada cerca de Regent's Park, en Marylebone Road, era notable la cantidad de nobles que habían acudido a dicha iglesia para contraer matrimonio, bautizar a sus hijos —el mismísimo lord Byron había sido uno de esos bebés privilegiados— o enterrar a sus muertos. Hecho que convertía en algo todavía más irónico lo que cualquiera podía encontrar si se atrevía a explorar los subterráneos de la sagrada casa de Dios.

El hombre que se hacía llamar Lucifer observaba la fachada de piedra desgastada, pensativo. Era joven, fuerte, y estaba sumido en sus pensamientos, por lo que no notaba apenas el frío, que calaba hasta los huesos. Lloviznaba, algo muy común encontrándose a principios de abril. Las temperaturas comenzaban a subir de forma modesta y

Londres ardía de actividad a causa de la temporada, algo que beneficiaba a sus negocios y propósitos. Estaba tan ensimismado que no escuchó que el portón de la iglesia se abría en el mismo momento en que el enorme campanario anunciaba que eran las seis de la mañana. Los rayos de sol se asomaban tímidamente por encima de la fachada de la iglesia y Lucifer dejó que el amanecer le acariciase el rostro.

—¿Por qué te encuentro siempre aquí como un pasmarote? —preguntó una voz a su espalda—. Para haber adoptado el nombre del ángel caído por excelencia, pasas mucho tiempo en la luz..., Lucifer.

El aludido se giró y observó al párroco, que se enorgullecía de aplicar la muy famosa puntualidad inglesa. Sonrió. Siempre era gracioso escuchar a un hombre de Dios pronunciar el nombre de Satán con tanta indiferencia. Pero el padre Samuel Weasley y él se conocían desde que eran pequeños, por lo que ambos estaban ya curados de espanto.

—Ya sabes lo que dicen: «A quien madruga...» —respondió Lucifer con calma, y se rio de su propio chiste antes de ponerse serio de nuevo—. Nos gusta lo que no podemos tener. Y a mí hace tiempo que se me privó de la luz.

A Lucifer le gustaba la iglesia como un edificio repleto de arte, pero no lo que representaba. Aunque su creencia en una ayuda divina se había esfumado hacia mucho, no dejaba de apreciar que la construcción era muy bella. El campanario y la capilla auxiliar, que se construyeron poste-

riormente, hacía apenas sesenta años, eran sus zonas favoritas.

Pero, por encima de todo, él prefería el oscuro y atrayente secreto que la iglesia de St. Marylebone guardaba bajo sus muros de ladrillo. La cripta abovedada que se escondía bajo la planta principal y, conectada a ella, la catacumba del lado oeste.

Samuel puso los ojos en blanco.

—Si no fueras tan increíblemente melodramático, hasta me preocuparía que cogieses una pulmonía ahí fuera. Que Dios te perdone, porque yo no tengo potestad suficiente para absolver tu cargante personalidad.

Lucifer rio; le gustaba salir a tomar aire fresco tras toda una noche trabajando y Samuel lo sabía. Poca gente se atrevía a hablarle así, pero también eran pocos los que sabían que él era un mortal normal y corriente y no ningún ser sobrenatural. O, al menos, los que estaban totalmente seguros de ello. Era agradable ser partícipe de un trato tan informal, y no de una sucesión de palabrería estúpida y vacía que la única intención que tenía era darle coba para que perdonase sus deudas.

—El hecho de que sea tan melodramático ha dado a La Tríada la fama que tiene ahora. Yo lo veo como una de mis numerosas virtudes.

El párroco adoptó un gesto adusto, para nada impresionado por su arrogante declaración. Hasta el verdadero Satán, sentado en su trono del infierno, sabría que él tenía más defectos que virtudes.

—Aún no puedo creer que haya funcionado tan bien. Los ricos son una panda de hipócritas y me lo demuestran cada día.

—¿Acaso has creído alguna vez en la bondad humana tras lo que hemos vivido desde niños?

Samuel sacudió la cabeza.

—Yo aún creo en la bondad humana, pero puedo entender que tú no consigas hacerlo —respondió su amigo—. Ser Lucifer te otorga más beneficios que ser el hombre que eras antes.

—Solo he sabido aprovechar lo que tú no puedes hacer por tu condición de representante de Dios. —Lucifer se aproximó un par de pasos a su amigo. La sotana de Sam, de un blanco inmaculado, contrastaba con su oscuro atuendo, negro de pies a cabeza—. Le he dado a la gente un lugar en el que pecar sin sentirse culpable por ello después.

Sam negó.

—Precisamente os escondéis porque la gente se siente muy culpable por ello.

Gracias a que la iglesia se construyó sobre antiguos cimientos romanos, la edificación contaba con un subsuelo muy sólido que Lucifer y sus amigos habían sabido aprovechar. Los romanos sabían hacer muy bien las cosas, al menos en lo que respectaba a la arquitectura. También, pensó esbozando una sonrisa, en lo que concernía al placer carnal. O quizás lo último iba más acorde con la antigua Grecia.

Si se sabía cómo y a quién preguntar, cualquier interesado podía encontrar La Tríada y disfrutar de todo lo que el club clandestino le ofrecía.

—Le has dado a la gente la oportunidad de ir al infierno por la noche, mientras que reza por sus pecados durante el día dentro de mi confesionario —añadió Sam. Se hizo a un lado para que Lucifer pudiese entrar en la iglesia y resguardarse de la lluvia, que se estaba convirtiendo en un potente aguacero—. Y, que Dios les perdone, el pecado siempre ha sido mayor tentación que la virtud.

Lucifer frunció el ceño, cansado de la patraña moral de su amigo. No había dormido en toda la noche porque el club había estado hasta los topes hasta la hora de cierre, y deseaba echar una buena cabezada. Ni siquiera la belleza interior de la iglesia, con sus hermosas pinturas repujadas de oro, lo distrajo de su enfado. Había salido a la calle porque necesitaba tomar aire fresco después de pasar horas en el ambiente viciado del club, no para escuchar sermones.

—Precisamente por eso tú aceptas alegremente el dinero que te damos a cambio de tu silencio —respondió con voz acerada.

Pero el padre Weasley estaba lejos de ofenderse por una nimiedad semejante. Lucifer lo consideraba un párroco fuera de lo común y agradecía que lo fuera. Si no, hacía tiempo que La Tríada hubiese tenido que cambiar de ubicación y, dada la temática del club, eso hubiese sido una verdadera lástima. Era un hombre práctico, que anteponía

la necesidad de los pobres a su propia conciencia. Al igual que hizo su padre antes que él. Por eso el dinero que Lucifer le entregaba cada mes estaba destinado a sus feligreses más desfavorecidos. Hasta la última libra.

—Porque seré cura, pero no estúpido. —Sam se despidió con un ademán de la mano. Dentro de una hora debía oficiar la misa y tenía que prepararse. Aunque, con el clima actual, Lucifer dudaba si acudiría alguien. Ni el más ferviente devoto querría pillar una pulmonía que lo podía llevar a la tumba—. Rezarle a Dios y clamar al cielo por tu poco respeto a la religión no llenará los estómagos de los pobres que se mueren de hambre cada día. Además de párroco, soy un hombre realista.

Lucifer lo miró en silencio y se guardó la réplica que tenía en la punta de la lengua. *Realista* y *religioso* nunca habían sido palabras complementarias, pero en el alma del padre Weasley funcionaban juntas y en armonía. No obstante, Samuel y él tenían diferentes objetivos en la vida. Mientras que su amigo prefería usar su posición para el bien de los demás, él había luchado incansablemente desde que era pequeño por una única cosa: destrozar la vida del duque de Rowland.

Algo que por fin estaba a punto de lograr.

—Tú eres un hombre realista y mi odio arde mejor en el infierno. —Lucifer sonrió—. Por eso nos llevamos tan bien.

Se marchó sin decir una palabra más. Fue hasta la parte

de atrás de la nave central, bajó unos pocos escalones y esquivó el cartel que ocupaba la puerta que llevaba a la cripta abovedada, en la que ponía bien claro «Prohibido el paso. Peligro de derrumbe» para ahuyentar a los curiosos. Abrió la puerta que solo utilizaban Samuel y los tres dueños del club. Era la mejor forma de salir y entrar sin toparse con clientes o empleados. Un olor diferente al del empalagoso incienso, más rancio, llegó hasta su nariz. Bajó las resbaladizas escaleras de piedra con cuidado y, tras atravesar una puerta de madera y el pesado tapiz ubicado tras ella, pronto estuvo en su caldeado despacho.

Agradeció el cambio de temperatura. Uno de los problemas que se encontraron cuando quisieron hacer el club bajo tierra implicaba el frío infernal que hacía allá abajo, a pesar de que todas las catacumbas habían sido enladrilladas veinte años atrás, cuando fueron descubiertas. Pero, una vez más, los antiguos romanos supieron resolver el problema antes que nadie. Una caldera situada en la parte de atrás de la iglesia producía aire caliente que pasaba por unos conductos situados bajo el suelo, caldeando las diferentes habitaciones¹.

Miró a su alrededor, más tranquilo. En su despacho se sentía como en casa. Era en sus dependencias privadas donde Lucifer pasaba la mayor parte del día y poca gente tenía acceso a ellas sin su permiso.

¹ N. de A.: Este tipo de calefacción se llamaba Hipocausto, y se dice que fue inventado por el ingeniero romano Cayo Sergio Orata para, sobre todo, la calefacción de las termas.

Entre los privilegiados se encontraban sus dos amigos, aunque él los consideraba familia. Estaban repantingados en las mullidas butacas rojas y fijaron la vista en él en cuanto entró. Lucifer colocó correctamente el tapiz que ocultaba la entrada desde la iglesia, cerró la puerta y los miró, algo sorprendido de verlos allí.

—Os imaginaba durmiendo a pierna suelta.

Azazel, el más cercano a él, sonrió. Como encargado de la seguridad de La Tríada, siempre decía que debía dar ejemplo a los demás empleados con su físico, por lo que se entrenaba a diario para tener la anchura de un armario. Sus enormes músculos y su naturaleza seria disuadían a cualquier cliente de montar un escándalo, mientras que sus inusuales ojos —uno, verde como las montañas de Escocia; y el otro, azul como el cielo despejado—, dirigidos a la persona adecuada, transmitían calidez. Su aspecto rudo ocultaba su verdadero carácter, pues irónicamente le encantaba la pesca con mosca. Un hombre enorme, tranquilo, inteligente y atractivo. La viva imagen de su padre, que no tuvo la consideración de legitimarlo por tener la mala fortuna de ser hijo de una prostituta. Algo que, por supuesto, era culpa del hijo y no del padre.

Un ejemplo más de la mierda de Dios a la que servían los devotos ricachones.

Azazel era un bastardo y nunca le había importado reconocerlo, pero, por encima de todo eso, era un amigo. Prácticamente un hermano. La persona gracias a la que

había logrado sobrevivir a las duras calles de Londres durante más tiempo del que le gustaba recordar. Lucifer estaba tranquilo al saber quién le protegía las espaldas.

—¿En un día tan importante? Imposible.

Lucifer frunció el ceño con curiosidad y miró al hombre que completaba la tríada de malnacidos. Gadreel se había unido a ellos hacía solo unos pocos años —tantos como el club llevaba en pie—, pero Lucifer confiaba en él como si lo conociera de toda la vida, a pesar de su desconfianza innata hacia los nobles. Como el más afortunado de los tres, Gadreel vivía la situación inversa a Azazel: un padre que lo había legitimado antes de darse cuenta, demasiado tarde, de que no era sangre de su sangre. El fuego que brillaba en el cabello de Gadreel, tan diferente al anodino negro que dominaba el árbol genealógico de la familia Grimstead, unido a sus ojos claros como el cielo encapotado, le otorgaba un físico tan distinto a lo que solía verse en Londres que a Lucifer no le hubiera extrañado que su padre fuera uno de esos magníficos guerreros escoceses que habían muerto por su patria dos siglos atrás.

Por suerte para la cordura del barón Barwick, su supuesto padre, Gadreel era el segundo en la línea de sucesión. Lucifer estaba convencido de que al viejo le hubiera dado un infarto si su no-hijo reconocido hubiese heredado su título, aunque se viera a leguas que Gadreel era mucho más inteligente que su hermano mayor.

Y más guapo. Y más atlético. Y más lo que fuera. Era un

tema que amargaba profundamente a Gadreel y que los otros dos procuraban no mencionar en su presencia. Porque su amigo era, más que inteligente, un maldito genio con una habilidad insana para los números y una memoria prodigiosa. No había mejor hombre para llevar al día las finanzas de La Tríada.

Quizá por eso se había unido a ellos con tanta facilidad; llevar un negocio clandestino era un reto que no aburría a su mente inquieta. De hecho, era de los que se traía siempre varios negocios entre manos. Y, obviamente, se embolsaba mucho dinero por ellos. Era una buena forma de asegurarse el futuro si su padre, haciendo caso omiso del escándalo que provocaría, decidía desheredarlo.

Los tres formaban un magnífico equipo que los había llevado a la fama. Fuera de La Tríada sus nombres eran distintos y sus vidas más complicadas, pero entre la aristocracia se les conocía como a los ángeles caídos que gobernaban el mejor club clandestino de Londres. Los apodos, además de añadir misterio al asunto, los ayudaban a salvaguardar sus identidades. Sobre todo para Gadreel, que era el más conocido de los tres.

—¿Lo has conseguido? —le preguntó Lucifer.

El pelirrojo ensanchó su sonrisa y le tendió un ejemplar de *The Times*.

—¿Cuándo te he fallado yo? —respondió con seguridad y satisfacción—. Página catorce. Recién salido de imprenta. Ni siquiera los implicados lo habrán visto aún.

Con premura, Lucifer fue hasta la página indicada y leyó con avidez. Estaba tan nervioso que le fue muy difícil controlar su expresión. El corazón le latía desbocado cuando leyó las amonestaciones:

Se anuncia el compromiso de Richard Grimstead, decimoquinto barón Barwick, con lady Eliza Cavendish, la honorable hija del duque de Rowland.

Sonrió. El plan estaba en marcha.

—¿Cuándo es la boda? —preguntó exaltado.

—El cuatro de junio. —Lucifer hizo cálculos rápidos. Estaban a diez de abril. Quedaban dos meses, aunque Gadreel fue más milimétrico al expresar esos mismos pensamientos en voz alta—: Tienes exactamente siete semanas y cinco días para seducir a esa chica, casarte con ella y poner la vida de su papi del revés.

Lucifer ensanchó la sonrisa. Azazel imitó su gesto y se frotó las manos.

—¡El duque pagará! —exclamó con entusiasmo. Ambos amigos estaban al tanto de su *vendetta* y Lucifer les agradecía su ayuda y apoyo incondicionales. Sin ir más lejos, el propio Azazel había vivido con él las penurias de la calle y conocía mejor que nadie la historia de su familia—. No sabe la que se le viene encima.

—Así será —sentenció Lucifer con dureza antes de girarse hacia Gadreel—. ¿Cómo has conseguido que tu padre accediese a casarse con ella?

Su amigo se encogió de hombros con aburrimiento.

—Todo lo que venga de mí no le gusta, pero si se lo sugiere mi maravilloso hermano... He dejado que Raymond se apunte el tanto. —La voz de su amigo transmitía rencor y Lucifer supo lo mucho que le había costado a Gadreel tragarse el orgullo. Aquello hacía que apreciase su ayuda todavía más—. Además, la notable belleza y pedigree de lady Eliza han ayudado mucho a tomar una decisión favorable. Si mi padre se casaba por segunda vez, no sería con una mujer peor posicionada que él. Emparentar con Rowland... Bueno, es lo mejor que puede sucederle, dado su ya estupendo estatus. El dinero no le importa mientras la reputación de ella sea intachable. Ahora podrá entrar en el mismísimo Buckingham Palace si así lo desea.

Lucifer leyó de nuevo el periódico. Sabía que Barwick era poderoso e influyente pese a ser un simple barón. Tenía dinero y buena reputación, pero había lugares cuyas puertas tenía cerradas por no tener un título más importante, aunque este fuese de los más antiguos de Inglaterra. Emparentar con los Rowland redondeaba su ya de por sí buena situación, tal y como había dicho Gadreel. Esas admoniciones pronto estarían en boca de toda la aristocracia y no habría vuelta atrás para la hija del duque. Lady Eliza iba a convertirse en la perdición de Rowland y en parte de la venganza de Lucifer.

«Ya queda menos, padre», se dijo.

Tenía que admitir que Sam tenía razón: era un melodramático. Aunque jamás se lo diría a él.

—Todavía me cuesta creer que tú, el eterno amargado, vayas a consentir atarte a esa mujer —dijo Azazel, pensativo—. Aunque sea por limpiar el nombre de tu padre y vengarte del duque, es demasiado. ¿Y si resulta ser una mimada insoportable?

No le importaba. La desposaría para originar un escándalo de proporciones épicas y después la mandaría a Edimburgo, donde no le faltaría de nada, pero donde tampoco haría vida a su lado. No pensaba casarse nunca, así que no le importaba desposarse con tal de cumplir sus propósitos. Era un simple daño colateral que tendría que soportar durante poco tiempo. El suficiente como para cumplir su objetivo.

—Ten en cuenta que el duque puede repudiarla —le recordó Gadreel. Siempre le gustaba analizar todas las posibles variables y avisar en consecuencia—. Bueno, de hecho lo hará con toda seguridad.

Lucifer se encogió de hombros.

—Si hay algo que el duque ame, además de su intachable reputación, es a su querida hijita. Lo dice todo el mundo —replicó con frialdad—. Se deshizo de mi padre sin remordimientos, pero no creo que haga lo mismo con su hija. Y, aunque la repudie, el mal estará hecho. No se podrá recuperar del escándalo por muy duque que sea y me encargaré de que no pueda taparlo de ninguna forma. Toda la sociedad sabrá qué ha sucedido. Todavía no puedo demostrar lo que le hizo a mi familia, y no sé si lo lograré

algún día, pero conseguiré que se quede sin posición social y sin su linda niña.

—¿No era que a los duques se les perdonaba todo?
—preguntó Azazel arrugando el rostro.

Lucifer asintió.

—Pero que su hija pase de ser la incomparable de la temporada a una mujer sin reputación es muy duro en ese entorno tan de apariencias. Por no decir que sigo buscando cada uno de los fantasmas que esconde Rowland para sacarlos a la luz. —Lucifer sonrió ante su plan, que tenía tres vertientes muy claras: quitarle a Rowland su dinero, su reputación y a su hija. Dejarle tan solo y destriado como él mismo quedó cuando su padre murió—. Pronto sabré si tengo razón respecto a la supuestamente fallecida duquesa. He puesto a alguien a investigar el asunto.

Gadreel sonrió con aprobación, como si a él mismo no se le hubiese podido ocurrir una artimaña mejor, pero Azazel carraspeó.

—Hay algo que no entiendo: no amará a su hija tanto como dices si se la está entregando a un viejo —dijo con censura y asco.

—Todo lo contrario —rebatió Gadreel con frialdad—. A mi padre le quedarán cinco o diez años a lo sumo con el ritmo de vida que lleva, aunque él no quiera admitirlo. Además, posee una de las mayores fortunas de Inglaterra.

—Como sabes, el duque está quedándose sin dinero a

marchas forzadas —le interrumpió Lucifer—. Hará lo que sea para que nadie sepa sobre sus dificultades económicas.

Todo gracias a ellos, por supuesto. Era el primer paso del plan. Uno de los amigos de Lucifer de sus años viviendo en la calle, magnífico actor de teatro, se había hecho pasar por un respetable empresario que había logrado que el duque invirtiera en una supuesta línea de ferrocarriles que ellos habían creado de forma temporal. Tras desaparecer con el dinero —cuya mitad estaba ahora mismo engrosando las arcas de La Tríada—, Rowland se había quedado con un palmo de narices y su patrimonio mermado.

—El duque sabe que su hija tendrá la vida resuelta antes de que sus problemas económicos salgan a la luz —prosiguió Gadreel—. Será una viuda joven con patrimonio y potestad para casarse de nuevo cuando el barón ya no esté. Es una jugada táctica muy adecuada. Además de que, por supuesto, tendría acceso a la fortuna de mi padre.

Sí, el duque pensaba que estaba protegiendo a su pequeña rosa, pero en realidad estaría llevándola a la ruina.

—Tenéis la sensibilidad de una piedra —declaró Azazel—. Puede que el barón se muera pronto, pero mientras tanto esa dama tendrá que asistirle en la cama. Yo creo que me suicidaría.

—Siempre puede buscarse un amante —dijo Gadreel encogiéndose de hombros, nada afectado por estar hablando de la vida sexual de su padre—. Además, por lo que tengo entendido, mi padre tiene varias amantes que

ocupan gran parte de su tiempo. Solo la tocaría para consumar el matrimonio. Apuesto lo que queráis a que después la ignoraría. Ya tiene un heredero, así que no necesita más hijos.

—No sé por qué os preocupáis por eso —inquirió Lucifer—. La finalidad de este compromiso es abrir una brecha entre padre e hija, para que yo pueda interponerme entre ellos. Lady Eliza no estará contenta con este compromiso impuesto. ¿Quién lo estaría?

Sus amigos asintieron, dándole la razón.

—Pero lo que no sabe es que no llegará a casarse con Barwick, porque yo me encargaré de que así sea. Estará comiendo de mi mano enseguida.

Gadreel rio.

—Siempre tan seguro de ti mismo —se burló—. ¿Y si a milady no le gustas? He oído que es una niña obediente que nunca se mete en problemas. Aburrida, insustancial incluso. Es cierto que no le gustará verse prometida a un hombre de sesenta años, pero no discutirá con su padre por ello. Es difícil luchar contra tanta obediencia.

Lucifer sonrió.

—Tú encárgate de tu parte, que yo me aseguraré de que la dama caiga en mis redes.

Azazel ensanchó su sonrisa, sin duda por alguna idea que él consideraba brillante y que con toda probabilidad no lo era.

—Apostemos —dijo con maldad, y Lucifer puso los

ojos en blanco—. Mil libras a que no consigues llevártela a la cama hasta la noche antes de la boda, y solo porque cualquier cosa es mejor que encamarse con Barwick. Se acostará contigo por desesperación.

Gadreel frunció el ceño, reflexionando. Lucifer pensaba que no se rebajaría a apostar por algo así, pero subestimaba su deseo de demostrar su inteligencia superior una y otra vez.

—Teniendo en cuenta las variables y que nuestro pobre amigo necesitará mucha ayuda para moverse entre la aristocracia... Pero colocando en la balanza su atrayente e inexplicable personalidad y su atractivo, sumado al descontento de lady Eliza por verse atada a un hombre tan mayor... —musitó Gadreel con calma, y Lucifer se planteó el cambiar de amigos—. Tardará algo más de un mes. Cinco semanas exactamente.

—Sois un par de imbéciles —espetó cuando los vio estrecharse las manos para sellar el trato, y ambos estallaron en carcajadas ante su irritación—. No importa lo que digáis ni quién gane la estúpida apuesta. Juré vengarme de Rowland, y eso haré. Lady Eliza caerá en desgracia antes del cuatro de junio.

Y, por fin, encontraría paz para su padre.

CAPÍTULO 2



De niña, cuando pensaba en su futuro, imaginaba que algún día llegaría un hombre vestido con la elegancia de un príncipe que la amaría con todo su corazón. La cogería en volandas para llevarla a su castillo y se sentiría como una princesa de cuento a la que nada ni nadie podría herir.

Conforme fue creciendo y la vida real se impuso a la fantasía, se conformó con soñar con un hombre bueno que la tratase bien. Quizá también soñaba inútilmente con regentar una pequeña floristería, a pesar de que las damas nobles no tenían permitido trabajar. No obstante, y aunque sabía que por su condición de única hija del duque de Rowland era más que probable que acabase en un matrimonio concertado, siempre albergó la esperanza de que al menos le gustase su futuro esposo.

Por eso, lo único que lady Eliza Cavendish sintió al leer sus propias amonestaciones en el periódico fue una sensación de ahogo que amenazó con hacerle perder la perfecta compostura que tan férreamente se obligaba a reflejar cada minuto del día.

Aunque, como en esos momentos, se sintiese absolutamente miserable.

—No puedo creer que tu padre haya consentido esto.
—Su mejor amiga, Ginny Phellam, la observaba con compasión. Su bonita piel blanca estaba arrugada por el profundo ceño fruncido y la mueca de asco—. Tiene como doscientos años más que tú. Es demencial.

Eliza dejó el periódico sobre la mesa y deseó echarse a llorar. Pero las futuras baronesas no podían llorar en público. Ni en privado.

—Tú también vas a casarte con un hombre que apenas conoces.

Ginny la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Hombre que solo tiene cinco años más que yo y que, y siento ser yo quien lo diga, es guapo a rabiar. No comparés, por el amor de Dios.

Casi quiso reír por los exabruptos de su amiga, tan poco apropiados, pero se le había extinguido cualquier atisbo de humor. Las dos jóvenes se encontraban en el jardín trasero de Rowland House, desayunando. En realidad, Ginny era la única que comía, porque Eliza había perdido el apetito por completo. Su amiga había aparecido sin avisar con el ejemplar de *The Times* bajo el brazo, absolutamente descolocada. A Eliza no le había sorprendido su visita, pues Ginny era la única que podía aparecer por la mansión sin previo aviso y lo hacía siempre que lo deseaba. Tanto su padre, el duque, como su tía Margaret eran muy estrictos con el protocolo, por lo que había muy pocas excepciones en lo concerniente a seguir a rajatabla las asfixiantes reglas

del decoro. Algo que Eliza había aprendido a sobrellevar desde muy joven. Su padre siempre le decía que, como poseedores de uno de los títulos más antiguos de Inglaterra, debían ser un ejemplo a seguir para el resto de la aristocracia.

Pero hasta el duque de Rowland había tenido que rendirse ante el arrollador carácter de Geneviève Phellam. Como hija de un rico americano en busca de estatus, Ginny tuvo que vérselas con los prejuicios que los ingleses tenían contra los ruidosos extranjeros desde el mismo momento en el que puso un pie en la capital. Ginny lo había llevado con humor en cada ocasión donde se había sentido despreciada. Algo que Eliza admiraba, pues ella siempre había tenido un miedo atroz a lo que la gente pensase de su comportamiento o aspecto. A pasarse de la raya, aunque solo fuera un milímetro, y sentirse señalada.

Eliza conoció a Ginny en una fiesta campestre, un año antes de su debut oficial, y se hicieron amigas de inmediato. Hasta la fecha siempre había estado bastante sola, rodeada de personas que solo querían acercarse a ella por su posición y nada más. Pero Eliza vio de inmediato que Ginny era completamente sincera y que quería su compañía por quien era ella y no por su padre. Era refrescante conocer a una persona que ignoraba deliberadamente los títulos nobiliarios. Por eso le abrió las puertas de su vida casi de inmediato.

Fue una suerte. Eliza no creía haber podido enfrentar

sola el anuncio de su compromiso con el barón Barwick. También daba gracias de que Ginny se hubiera comprometido con un marqués empobrecido, pues así su familia ya empezaba a verla como una compañía más apropiada para ella.

No soportaría quedarse también sin su amiga.

—Es que ni siquiera me ha pedido opinión —susurró. Era lo que más la afligía, y el dolor que sentía en el pecho era como si un afilado cristal se hubiese clavado en su corazón—. Mi padre sabe que yo habría accedido por el bien de la familia, pero ni siquiera me lo ha consultado.

Era un buen padre, y no lo había dudado nunca. Tenía sus defectos, como todos, pero no le había faltado nunca de nada. Incluso ahora, que se sentía desamparada por él, Eliza creía firmemente en que el duque tendría una buena razón para arrojarla a los brazos de un barón que tenía un pie en la tumba. Siempre decía que era la niña de sus ojos, y siempre le había dado todo cuanto había necesitado, pero Eliza tenía un defecto que nadie podía corregir: era una mujer, y las mujeres estorbaban cuando se hacían mayores.

Su hermano pequeño, Nathan, sería el próximo duque y tenía el futuro resuelto. Ella necesitaba de un hombre para poder siquiera pensar en lo que le depararía el mañana, que se le antojaba oscuro y lúgubre.

—Podrías haber tenido a cualquiera —dijo Ginny. Sus ojos verdes estaban entrecerrados por la rabia—. ¡Literalmente a cualquiera! Eres increíblemente guapa, de buena

cuna, y tienes una reputación reluciente. ¡La maldita incomparable de la temporada! Solo han pasado dos meses desde tu debut y no me creo que no hubiera otros candidatos. ¡Tu padre se ha vuelto loco!

—Shhh —le instó Eliza mirando a su alrededor—. Pueden oírte.

Ginny se calló, sabiendo lo mucho que el duque odiaba las salidas de tono. No quería que Eliza pagase los platos rotos por su culpa, pero era evidente que le estaba costando mucho morderse la lengua. En el fondo de su corazón, Eliza se hacía las mismas preguntas. ¿Acaso su padre no podría haber encontrado alguien mejor que un viejo barón con un pie en la tumba?

—Tengo que hablar con él —se dijo. Al menos creía merecer una explicación—. ¿Te importa si te dejo sola unos minutos?

Ginny negó con la cabeza y le lanzó una mirada de ánimo antes de seguir dando buena cuenta del desayuno. Eliza envió esa libertad para comer cuanto quisiera y seguir manteniendo una buena figura. Ella tenía racionadas las comidas desde hacía más años de los que podía recordar. Era inadmisible no poder llevar el corsé lo suficientemente apretado. Corsé que en esos momentos la ahogaba más que nunca.

Entró en la casa y cruzó el vestíbulo rumbo al despacho de su padre. Justo cuando iba a llamar a la puerta, esta se abrió y se topó de bruces con su tío Herbert. Este se sorprendió un poco al verla, pero sonrió de inmediato.

—Mi querida sobrina, tan hermosa como siempre —dijo con una amabilidad que hizo que la joven frunciese el ceño. Sus ojos se desviaron hacia el periódico que ella todavía estrujaba entre las manos—. Permíteme que te felicite por tu compromiso.

Eliza hizo acopio de todas sus fuerzas para no soltar una réplica. Como hermano pequeño de su padre, Herbert siempre había querido ser el duque. Algo que nadie más que ella quería o podía ver. Siempre había sido distante o frío con ella, excepto para ordenarle qué debía o no hacer. Su afán por el título lo llevaba a manejarse a su padre y a su hermano como se le antojara. Su padre era el duque, pero Herbert llevaba la administración de todas las propiedades y le encantaba jactarse de ello. Su padre era manipulado sin darse cuenta y Nathan tenía un carácter pusilánime con solo quince años, por lo que Herbert había logrado que su sobrino lo idolatrarse como si fuera un Dios en la tierra.

Era asqueroso.

En ese momento, se le ocurrió algo que no había pensado por culpa del *shock* inicial: el compromiso no había sido cosa de su padre, sino de su tío. La forma perfecta que tenía de deshacerse del único miembro de la familia que no danzaba a su son. Porque su madre, por desgracia, salió de sus vidas al poco de nacer Nathan. Herbert había sabido aprovecharse bien de la crisis familiar para imponer su presencia de forma permanente.

Eliza siempre había seguido las reglas, siempre. Su padre

deseaba que fuese la perfecta dama inglesa, el ángel del hogar, y en eso se había convertido. Aunque más de una vez se sintiera tan asfixiada que las paredes de la casa se le cayeran encima. Se preguntó si su madre también se había sentido así y si por eso su mente se rompió sin remedio.

Su sentido de la obediencia y la responsabilidad siempre había estado por encima de sus propios sentimientos, pero el desasosiego amenazaba con hacerle caer de rodillas. Iba a pasar de una jaula dorada a otra. Y no podía hacer nada para evitarlo.

—Buenos días, tío —respondió con voz neutra. Dios sabía lo mucho que le costó que no le temblara la voz por la rabia. Ella no era así, pero le era difícil no sentirse ultrajada. Aun con las evidencias ante sus ojos, una parte de ella trataba de justificar la situación—. Deseaba hablar un momento con mi padre si fuera posible.

Herbert se hizo a un lado de inmediato para dejarla pasar. En su rostro solamente había amabilidad, pero Eliza sabía la verdad. Era un hombre ladino que ansiaba el poder que le conferiría el ducado si su hermano y su sobrino no estuvieran en medio.

Eliza cerró la puerta tras ella y relajó un poco los hombros cuando perdió de vista a su tío. Tras el escritorio, el duque de Rowland alzó la mirada y su rostro pasó de reflejar seriedad a sonreír. Él siempre le decía que la quería muchísimo; por eso le dolía todavía más que hubiese permitido su compromiso, y más de una forma tan sibilina.

—Querida hija, pasa. —Le señaló la silla que había frente a él y Eliza se sentó—. ¿Qué puedo hacer por ti? Sabes que no debes venir aquí cuando estoy trabajando. No me gusta que me interrumpan.

Eliza ignoró el hecho de que su padre fingía no saber a qué se debía su visita. El pequeño regaño ayudaba a fortalecer su pantomima y a recordarle que no debía importunarle.

Decidió no andarse con rodeos.

—He leído las admonestaciones en *The Times* —dijo dejando el periódico sobre el escritorio—. No esperaba que me ocultase algo tan importante, padre.

El reproche hizo efecto, porque su padre adquirió una expresión lastimera que no ablandó el corazón de su hija. Aunque estuvo a punto de hacerlo.

—Todo ha ido muy rápido —se excusó—. El barón vino a principios de semana para pedir tu mano y nos pareció un gran partido para ti.

—¿*Nos*? —replicó ella—. ¿Esto ha sido idea del tío Herbert?

Pero su padre sacudió la cabeza.

—Deja a tu tío fuera de esto. No quiero que vuelvas a decirme lo que piensas de él, porque no lo toleraré —dijo con crudeza, y Eliza se mordió la lengua para no replicar que ella no había sido la que había empezado. Le daba pavor que su padre perdiera los papeles. Por su bien, debía mantener la calma—. El barón tiene una reputación

enviable y una fortuna inmensa. Es más rico que Creso. Cuidará de ti. Serás baronesa y tendrás el futuro asegurado.

—Nosotros también poseemos una reputación enviable y una fortuna inmensa —dijo Eliza, y su padre hizo una mueca involuntaria que encendió todas sus alarmas—. ¿O no es así?

El duque suspiró y comenzó a ordenar los ya de por sí bien organizados enseres de su escritorio. Era algo que hacía cuando estaba muy nervioso, y odiaba que le movieran las cosas aunque fuera un milímetro fuera del sitio.

Conociendo su comportamiento, Eliza esperó a que ya no tuviera nada que reordenar. Finalmente, su padre la enfrentó sin ningún atisbo de preocupación o pena.

—No es algo que te incumba, Eliza.

Ella apretó los puños sobre la falda y trató de moderar su tono de nuevo.

—No pido que me pregunte mi opinión, padre, pero al menos me gustaría estar informada si estoy involucrada de alguna forma.

Su padre la miró con seriedad antes de ceder con un seco cabeceo.

—He hecho unas inversiones... no muy buenas —respondió, y lo notó vacilar antes de proseguir—: Tu dote se ha perdido.

Eliza parpadeó, incrédula. Esperaba no haber escuchado bien.

—¿Ha perdido toda mi dote?

—No solo la dote... —respondió, y lo vio tragarse saliva con fuerza. Le estaba costando mucho confesar—. Un buen grueso de la fortuna. No es algo de lo que tengas que preocuparte.

No podía creerlo. Quería que su padre le dijera que estaba bromeando, aunque nunca había sido dado a los sarcasmos ni a las ironías. Edward Rowland era un hombre muy literal y en su rostro no había asomo de burla.

—No me mires así. Parecía un negocio magnífico que doblaría lo invertido. No lo entenderías, Eliza. —Se puso a la defensiva de inmediato—. Incluso Herbert estaba de acuerdo, pero... El tipo nos engañó y la policía anda buscándolo. Repito que no es algo de lo que tengas que preocuparte. Solo debes saber que tu boda lo arreglará.

Eliza sacudió la cabeza; era increíble. Frunció el ceño.

—¿Cómo ha conseguido que el barón ignore que no tengo dote?

Su padre carraspeó, incómodo.

—Solo le interesaba tu belleza y poder emparentar con el ducado —dijo sin tacto alguno—. Era su último paso para alcanzar el máximo escalafón social. A cambio de casarse contigo, guardará el secreto de nuestra situación económica e incluso nos prestará dinero hasta que nos recuperemos y salvemos las propiedades.

Eliza se sintió tan ultrajada, tan usada que no supo qué responder. El barón quería un trofeo que colgarse del brazo, y su padre y su tío querían dinero. Ella no contaba

para nada. Como si fuese un animal de granja que enviar al matadero.

Ya sabía que solía ser así, que no era más que un cero a la izquierda para su familia, pero no esperaba que su padre la usara de esa forma tan fría y cruel. Sintió que algo se resquebrajaba en su interior y no pudo refrenar su lengua.

—Me ha vendido como a una res —dijo en voz baja. Su padre se encogió un poco ante su mirada, pero no reculó. No vio arrepentimiento en su rostro—. Parte de un trato para salvar su propio pellejo.

Sin inmutarse, su padre negó con la cabeza.

—No opines sobre lo que no entiendes, Eliza —rebatió con firmeza—. También miro por ti. De hecho, es un magnífico trato para asegurar tu futuro. Serás baronesa y el viejo barón morirá pronto. Lo único que debes hacer es esperar a ser viuda y podrás elegir al marido que quieras. Es una buena situación para ti, querida mía. Créeme, yo sé lo que es mejor para ti.

Eliza odiaba esa maldita frase. «Yo sé lo que es mejor para ti» era lo que le decía de pequeña cada vez que la castigaba cuando hacía algo que no consideraba correcto en una dama. Lo peor de todo era que, de tanto repetirlo, el duque lo creía a pies juntillas. Hasta a ella misma le costaba mucho rebatirlo. Era su padre, ¿no? ¿Cómo no iba a querer su bienestar?

Se dio cuenta de que su padre quería convencerla de que estaba haciéndolo por su bien, pero su actitud —casi

indiferente ante su dolor— todavía la tristeza más. ¿Eso le había dicho Herbert para que aceptara el trato de Barwick? Una parte de Eliza quería creer que era una de las manipulaciones de su tío, pero otra le gritaba que su padre estaba actuando por cuenta propia.

Sacudió la cabeza una vez más, sintiéndose encerrada. Ya no le sorprendía que se hubiesen dado tanta prisa en publicar las amonestaciones. Si ahora ella se echaba atrás, sería un escándalo que perseguiría a la familia durante años.

Su padre debía de intuir por dónde iban sus pensamientos, porque la miró con severidad. Ya no había asomo de indulgencia en su voz. Eliza nunca replicaba, siempre obedecía, y su padre nunca tenía que alzar la voz. Pero lo hacía si creía que debía recordarle cuál era su sitio.

—Piensa en Nathan, Eliza. Es demasiado joven aún. ¿Quieres que tu hermano pague por mis errores? Si perdimos la fortuna que queda, él no tendrá un ducado que gobernar, solo un título lleno de deudas —dijo con rapidez—. La reputación de la familia es lo más importante. Siempre lo has sabido y tú eres la hermana mayor. Es tu deber devolverle a la familia todo lo que ha hecho por ti.

«Soy yo quien está pagando por sus errores, padre», quiso gritar. Pero se tragó sus palabras y sostuvo la mirada de su padre, que le suplicaba que comprendiera. Nombrar a su hermano la había hecho flaquear. Había ido allí con la intención de posicionarse en contra, pero se había acobardado por enésima vez en su vida. No quería pasarse de la

raya ni desobedecer. ¿Qué diría la gente? Nadie querría socializar con una hija díscola.

Una voz tras ella fue mucho más contundente, marcando su sentencia:

—Como miembro de esta familia, es tu obligación conseguir el mejor matrimonio posible. —La voz de su tío seguía siendo suave, pero no admitía réplica. Eliza se preguntó si llevaría todo el tiempo escuchando a escondidas—. Muchas mujeres matarían por ser lady Barwick. No tienes derecho a quejarte, Eliza.

Parpadeó para contener las lágrimas y se puso en pie. Ella no tenía ni voz ni voto; nunca lo había tenido. No tenía derecho, como había señalado Herbert. Observó la mirada severa de su padre y la serena de su tío, a quien no le importaba un ápice sus sentimientos. A ninguno de los dos, de hecho.

—No puedes echarte atrás, querida. Piensa en toda la gente que está a nuestro cargo y a la que salvarás con tu matrimonio. —Su tío fue mucho más comedido al continuar con su alegato—. Además, tú no querrías traer el escándalo a esta casa, ¿verdad? Piensa en tu padre, que ha luchado tanto por conseguir un buen estatus después de los problemas que trajo tu madre. Te pareces mucho a ella, pero solo en la apariencia. Tú no albergas su débil espíritu y doy gracias a Dios por ello. Siempre has sido nuestra niña buena y adorada. Queremos lo mejor para ti. Aunque ahora no lo veas, pronto comprenderás que fue una buena decisión.

Se estremeció ante la velada amenaza: «Tu madre era una desequilibrada y no puedes ser como ella». Era algo que siempre le habían repetido. Su madre era peor que la peste y seguir sus pasos no era una opción. Vio cómo poco a poco la trampa se cerraba a su alrededor, ahogándola.

Solo de pensar que el viejo barón la tocara como parte de sus obligaciones maritales, le subía la bilis por la garganta. Se sentía miserable y pensó en su hermano, que tampoco tenía culpa de las decisiones de los hombres que se suponía que debían protegerles. Nathan ya no tenía un futuro asegurado, mientras que el de ella se había hecho añicos.

Su padre esperaba en silencio a que ella comprendiese. Sabía que una mente compleja como la suya, tan cuadriculada, no soportaría perder su vida actual. Moriría de pena a las pocas semanas, envuelto en cambios que no sabría cómo manejar. Eliza le amaba a pesar de todo y no quería un destino tan funesto para él. No se había dejado engañar apostando.

Ambos se miraron y Eliza supo que una parte de su padre también lamentaba la situación a la que la había sometido. Una parte que la amaba. Pero no era lo bastante fuerte como para superar a la parte que adoraba el dinero y la reputación. Que adoraba las reglas.

Por Nathan y por toda la gente que se quedaría sin trabajo si ella fallaba, respiró hondo y se serenó como pudo. Pataleando y quejándose no iba a conseguir nada, y con las

amonestaciones publicadas se habían asegurado de que no se echaría atrás. Sacando a su madre en la conversación, Herbert pretendía manejar su espíritu y se odió al darse cuenta de que lo había conseguido. Una vez más.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—¿Puedo saber, al menos, cuándo es la boda? —preguntó, y odió la resignación que percibió en su voz.

Todo lo contrario que su tío, que ensanchó la sonrisa al saberse victorioso. Incluso su padre relajó el rictus de su cara, aliviado de no tener que seguir manteniendo el pulso con su hija.

—El cuatro de junio —respondió—. Dadas las circunstancias, no era necesario hacer un cortejo largo.

En otras palabras: cuanto antes se casase, antes tendrían el dinero para subsanar la deuda. Quedaban menos de dos meses. Eliza sintió que un abismo se abría a sus pies y deseó que se la tragara. Así no tendría que enfrentarse a las decisiones que otros habían tomado por ella.

En dos meses su vida cambiaría por completo y sintió pavor por el negro futuro que le esperaba.